

De actualidad

La otra España

Eso de la Fiesta de la Raza ha pasado en toda España como otra liturgia cualquiera oficial, por ejemplo, la de las aperturas de los cursos académicos. Y es que ni se crea, ni siquiera se fomenta sentimientos, cuando los hay, con esas ceremonias de real orden. Más bien se les perjudica.

Dejemos a un lado lo de raza, que es término harto oscuro. Valdría más haber dicho de la Lengua, o de la Historia. La raza no la sentimos en otro respecto, como no se trate de esas, ya muy marcadas, que se distinguen por peculiaridades corporales de mucho bulto y por el color de la piel. Si no fuera por la lengua un español no se sentiría más cerca de un cubano, un colombiano, un chileno o un argentino que de un italiano o un francés. Por la lengua y los que saben historia, que son los menos, que son un número insignificante, por la historia. Y se da el caso de que a un Benito Juárez, v. gr., heroico padre de la patria mejicana, podemos comprenderlo y sentirlo siendo así que por sus venas no corría, según parece, sangre caucásica o de blanco europeo.

La verdad verdadera es que la América es hoy para los más de los españoles un país de refugio, una tierra a que se va a redimirse de la servidumbre económica, a poder vivir. Se van los que pueden. Y no vamos otros porque no podemos ya ir. ¡Ah! si el que esto escribe fuese más joven y no estuviese prendido al suelo de esta vieja España por raíces de hábitos de necesidad, habríase ido ya. Y habríase ido en busca de España, de su España, que no encuentra aquí, a buscar algo siquiera de lo que aquí pudo haber llegado a ser. ¿Pudo?

El 12 de octubre de 1492, reinando en España los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, reyes de aborígenes indígenas, fué descubierta la América y antes de cumplirse el quinto aniversario de esa hazaña, el 4 de octubre de

1497, fallecía en esta ciudad de Salamanca, de fiebre, el príncipe don Juan de Castilla, único hijo varón de los Católicos Reyes. Fué un azar fatídico. Porque él trajo a España a Felipe "el Hermoso", de la Casa de Austria, y nos ligó a la política de la Europa central. América no fué lo principal; América fué la mina para sostener la política europea de los Austrias; América no fué más que una colonia. No hubo en España política americana.

Llegó la invasión napoleónica y con ella nuestras guerras de la independencia, la de España y las de sus colonias. Juntos se encontraron en las gloriosas Cortes de Cádiz diputados españoles de aquí y de allí, de todas las Españas. Pero al volver acá aquel ominoso Fernando, el lacayo de Valençay, traidor a su padre y a su patria, las Españas de América habíanse ya, de hecho, emancipado. Se habían emancipado de su poder ominoso.

La teoría de esta emancipación la formuló, mejor que otro alguno, el argentino Mariano Moreno. Las colonias americanas dependían, según su doctrina, de la Corona española, no del pueblo español y al desaparecer esa Corona, a consecuencia de la intrusión napoleónica, se rompía el lazo que ataba a las diversas Españas y los pueblos de estas reasumían su soberanía. Era la doctrina patrimonial aprovechada para la liberación democrática y popular.

Los pueblos españoles de allende el Atlántico, las Españas de América asumieron su soberanía popular —y largos años de luchas civiles costóles a muchos de ellos el asentamiento sobre bases democráticas—; pero la España de acá, la solariega, la vieja España no logró asumirla. El pueblo del 2 de mayo de 1808 cayó bajo una soberanía tan extraña, en el fondo, como la de Napoleón y más despótica y absurda. Fernando el Deseado—que así le llamó la triste abyección nacional de entonces—volvió a hundir a España en su sino fatal. Y en tanto allá, del otro lado del Atlántico, empezaba a hacerse la España

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo ... V ...



93
D. Compendios VI

nueva, la gran España popular y democrática, la que pudo aquí haber sido y no fué, la que torció su camino primero ante la muerte del príncipe don Juan de Castilla, después ante la vuelta del ominoso Fernando VII.

¿A qué recordar la otra tragedia, la de 1898, precedida veinte años antes—el 27 de junio de 1878—por otra muerte fatídica, que aún hoy canta elegíacamente el pueblo? Hay quien nos asegura que en Cuba se siente hoy más español que en España, que allí encuentra ya algo que aquí pudo y debió haber sido y no ha llegado a ser. Y es que el español allí se españoliza más y aquí se desespañoliza.

Estamos leyendo el tomo III de la excelentísima "Historia de la literatura argentina", de Ricardo Rojas —III. "Los proscritos"—y en él vemos cuán españoles, cuán profundamente españoles fueron los criollos que más renegaron de España. Aquel máximo Domingo Faustino Sarmiento, a quien Martínez Villerigas llamó "enemigo mortal de Pero Grullo"—y esta enemistad fué una de sus mayores grandezas—nunca fué más español que cuando habló mal de España, de la España colonial, de la que aquí como allí no pasó de ser una colonia, de la que no gozó de verdadera soberanía popular.

¿Y hoy? Hoy lo mismo o peor aún. Hay que dejar esta España geográfica y nominal, este triste patrimonio de logreros, ir fuera en busca de la España que pudo haber sido y que debió ser. ¡Y quien sabe si desde allí nos la devolverán...!

¡Felices los que pueden emigrar a otra España!

MIGUEL DE UNAMUNO

